POSTALES DE VIAJE

Relato de Miquel Massuti Alzamora
Publicadas por el diario La Almudaina[1]

I
Restricciones en el fumar

A mi hijo Miguel[2]

En la foto aparece Miquel Massuti Oliver en el centro entre Miquel Oliver Massuti a la derecha y Manuel Gómez Larrañeta a la izquierda en la sede de la FAO en Roma en los años 60.

El calor es sofocante. El tren, abarrotado de viajeros, lleva más de una hora de retraso. Al fin, a las nueve de la noche, nos acercamos a Nápoles. Desde el vagón diviso el espectáculo de la gran ciudad que ha de albergarme durante unos meses. La esplendida iluminación le da un aspecto maravilloso; aquella imagen del cielo tendido sobre la tierra, no por repetida menos exacta, puede aplicarse, una vez mas, al panorama que se ofrece ante mi vista. Rendido por el trajín del día y las siete horas de viaje, casi todas ellas transcurridas de pie, en el pasillo, me duermo con la ilusión de todo lo bello que al dia siguiente podré contemplar. “Vedere Napoli e poi muorire”.

A las ocho de la mañana me lanzo a la calle. Preguntando, preguntando llego a aquella donde están unos amigos a los que voy recomendado: la “Via Tribunale” y, efectivamente, “después de ver esto puede uno morirse”, si es que no lo hace en el mismo instante. Imagínese la calle del Sindicato, sin tranvías, diez veces mas larga y acaso un poco mas estrecha, pero “decorada” con toda la …falta de limpieza del “Jonquet”, multiplicada por diez, y se tendrá una idea aproximada de lo que es esta calle. Y digo aproximada, porque en ella, sus magníficos y nunca bien ponderados habitantes, tienen la particular costumbre de desarrollar en las aceras y hasta en el arroyo, sus actividades:

---

[1] Fue escrito en castellano debido a que en aquella época estaba prohibido utilizar el catalán.
Se incluirán notas diversas entre ellas algunas extraídas de la correspondencia del autor durante el viaje.

[2] El autor dedica este artículo a su hijo mayor Miguel Massuti Oliver.

aseo (es un decir), mercado negro, tertulia o bronca familiar, juego de cartas…y además, todo ello envuelto en unas emanaciones “sui generis”, que “ofrecen mil olores al sentido” del pobre mortal que se aventura por esta concurrida arteria de la populosa ciudad.

Por la tarde, me dirijo hacia el mar. El panorama es totalmente distinto. Si la parte humana sigue, aunque en menor grado, haciendo honor a la higiene y al sibaritismo, lo que ofrece la naturaleza es francamente soberbio. En efecto, el Golfo de Nápoles y la ciudad asentada sobre colinas y envuelta en torrente de luz, no desmerece de la propaganda. Sin embargo, me llevo una de las mayores desilusiones de mi vida. Con toda emoción me vuelco a la izquierda y allí esta el centro de atracción de forasteros; el corazón de Nápoles, su joya: el Vesubio… Si, allí esta el Vesubio, una montaña mas, solo una montaña, algo mas alta que las otras que circundan la ciudad. El gallardo penacho de humo, tan prodigado en fotografías, guías, cromos y conchas de bivalvo, falta totalmente. Al cabo de unos días me intereso por el y se que, desde hace cuatro anos, desde la ultima erupción un poco violenta, el Vesubio duerme pacíficamente, Yo pienso, que ni los entes geográficos se ven libres de las restricciones que nos imponen las deliciosas circunstancias por que atraviesa el mundo: El Vesubio ha dejado de fumar.

II
La Villa

A Fernando Lozano[3]

En la foto aparecen de izquierda a derecha Antonio Arevalo, Lopez Costa, De las Heras (Director del Laboratorio), Del Riego, Fernando Lozano y Miguel Oliver Massuti en 1949 en Vigo siendo todos ellos Oceanógrafos del Instituto Español de Oceanografía destinados en el Laboratorio Oceanográfico de Vigo.

Desde las vecindades del popular y tan conocido barrio de “Santa Lucia”, se extiende, en dirección norte, hacia Mergelina, el puertecito atestado de embarcaciones de todas clases, un bellísimo parque jardín, en el cual corpulentas encinas dan sombra y cobijo a una heterogénea multitud que lo

[3] Fernando Lozano nació en Melilla en 1916. Doctor en biología, fue Oceanógrafo del Instituto Español de Oceanografía y Catedrático de Biología Marina de la Universidad de la Laguna.

anima durante todas las horas del día y casi todas las de la noche. Mujeres desgreñadas que vocean, a voz en grito, su mercancía de tabaco de contrabando; parejas mas o menos románticas, sentadas en los bancos o caminando lentamente, sumidas en el paraíso ideal de sus afectos e ilusiones; viejecitos decrépitos que contemplan al mar perderse a lo lejos, con la isla de Capri esfumada en la neblina; niños de todos los estamentos sociales, harapientos unos, correctamente vestidos otros, jugando y corriendo, al par que amenazando a los transeúntes con el deterioro de su integridad personal, con un fuerte y bien colocado "chut". Todo ello ofrece un aspecto simpático y familiar.

Medio escondido entre la frondosidad de los árboles, se levanta un grande y bello edificio: "Villa comunale", mas vulgarmente conocido por "Acquario".

Era el ano 1867, cuando el biólogo alemán, Antonio Dohrn, hombre de ciencia eminentísimo y apasionado por todos los problemas de índole filosófica científicos, en boga en aquellos tiempos, realizo un viaje de estudio por Italia. Percatado, como estaba, de la gran importancia de la Biología marina en sus relaciones, no solo con la sistemática, si que también con la embriología, anatomía y fisiología comparadas, filogenia, etc.[4], se dio cuenta, durante su permanencia en Mesina, de lo difícil que era disponer de medios adecuados para la realización de sus observaciones y experiencias y, en particular, para mantener en vivo los organismos objeto de sus trabajos. Fue entonces cuando tuvo la idea de construir, cerca del mar, un laboratorio en el cual pudiera dar hospitalidad y todo lo necesario, a los estudiosos interesados en estos trabajos[5].

El centro de investigación que el sonaba, debía tener un acuario para el gran publico, de suerte que el dinero obtenido con las entradas de visita, le diera medios de vida: como "una specie de libero possedimento della Scienza", según frase del mismo Profesor Dohrn. Por este motivo, el futuro acuario debía emplazarse en una ciudad marítima populosa y favorecida por el turismo, y ninguna como Nápoles reunía, a su parecer, mejores condiciones. La gestación fue larga y laboriosa. Las tentativas para recabar la ayuda del Ayuntamiento de Nápoles, fueron iniciadas en 1874. Con la colaboración de algunos amigos italianos y alemanes, y con tenacidad a toda prueba, vencieron la indiferencia, la incredulidad y hasta abiertas hostilidades. Pero, al fin, el sabio vio realizado su sueño y el acuario y el laboratorio en marcha. En 1909, la obra de Antonio Dohrn era apreciada por todo el mundo científica. La Estación Zoológica era el mas importante centro internacional y se había unido al primer edificio de 1874 las dos instalaciones de zoología y fisiología, que triplicaban su capacidad, pudiendo albergar, cómodamente, cincuenta o sesenta investigadores.

[4] La idea era absolutamente innovadora. El profesor Odon de Buen tuvo serias dificultades con Ignacio Bolivar y Santiago Ramon y Cajal al plantear ideas similares de carácter interdisciplinar en España en el momento de la creación del Instituto Español de Oceanografía en 1914.

[5] Fueron diversos los Centros de investigación marina que en aquella época se establecieron en la Región siguiendo el mismo esquema. El Laboratorio Biológico-Marino de Porto Pi en Palma de Mallorca fue uno de ellos.

Desde entonces no ha cesado su trabajo el centro napolitano. Durante la pasada guerra, a pesar de su situación en una zona, acaso la mas peligrosa de toda la ciudad, salio incólume de todos los peligros, que fueron sorteados, en lo posible, por el celoso personal del mismo. Fue trasladada la biblioteca, la joya mas preciosa que posee, ya que es considerada como la mejor de Europa en su zoológica especialización, a lugar mas seguro y fuera de Nápoles; se procuro hacer, en bien del centro, todas las gestiones mas eficaces y diplomáticas, con las dos fuerzas de ocupación que dominaron la ciudad y que utilizaron militarmente el edificio; procurando, en medio de todos los peligros, el funcionamiento (siempre que era posible), de las instalaciones del acuario, con el fin de procurar la conservación de los ejemplares vivos. En un interesante folleto, que poseo, se relatan todas las vicisitudes por que atravesó la Estación durante este trágico periodo. Al fin callo el estruendo del combate, las bombas cesaron en su obra de exterminio, que tanto ha castigado la “Bella Napoli” (se dice que el treinta por cien de viviendas a desaparecido); Via Caracciolo y el parque de encinas se vio animado de nuevo, y “Acquario” reanudo su vida normal en bien de la ciencia.

Desde la fundación hasta 1940, han pasado por sus cuartos de trabajo no menos de 2.500 investigadores. Durante el quinquenio 1925-29, las mesas de estudio, subvencionadas por ministerios y academias de todos los países, cuyos cánones, junto con el ya mencionado importe de las entradas de acuario, permiten el desarrollo de las actividades de investigación, fueron ocupadas 578 veces por biólogos de Italia, Alemania, Austria, Francia, Bélgica, Inglaterra, Holanda, Suecia, Polonia, Letonia, Rusia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Estados Unidos de América, Argentina, Egipto, Palestina y Japón.

Para definir el valor de los trabajos realizados, nada mejor que la frase de Th. Boveri: “Cuanta joya de descubrimientos, han contemplado estos muros”. En efecto, la embriología comparada primero y la experimental después, y con el esfuerzo de los eminentes especialistas, cuyos nombres harían interminable esta crónica, celebraron en la Estación Zoológica muchos de los mas valiosos trabajos que han dado a tal disciplina el estado floreciente que tiene hoy; la fisiología ha realizado en ella sus mas importantes descubrimientos; las observaciones fáusticas han permitido llevar a a cabo las monumentales monografías de la “Fauna y Flora del Golfo de Napoles”, modelo en su genero y que debe consultar cualquiera que quiera trabajar en los grupos que en ellas se tratan. Al llegar a este punto, no se puede silenciar el nombre de Salvatore Lo Bianco, que de humilde subalterno, llego a excelente zoólogo, conocedor de todo el mundo viviente en las aguas del Golfo, cuyo nombre es conocido por todo el mundo científico, autor meritísimo de trabajos sistemático-ecológicos y laureado que fue, “Honoris causa” por el Ateneo Napolitano.

Esta es la estación Zoológica que me ha albergado durante dos meses, que recuerdo como unos de los más gratos de mi vida.

III
Un Cenobio de biólogos

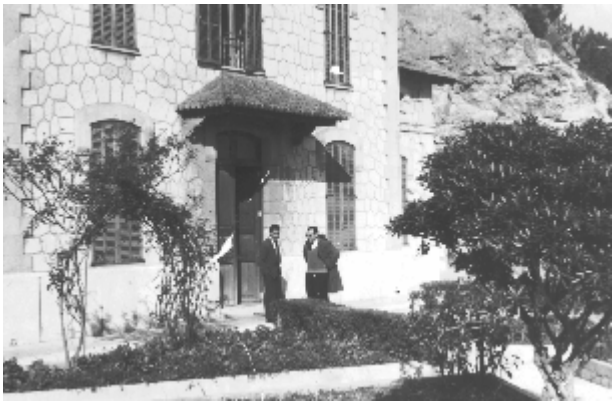
A Miguel Oliver Massuti[6]

El mundo exterior entra en nosotros por los sentidos y, a veces, algún detalle queda grabado en nuestra memoria resumiendo todo un conjunto de recuerdos. Una tonalidad de color, la fragancia de un perfume, las notas de una melodía… hacen revivir escenas y emociones que dejaron una huella en el alma. El recuerdo del débil ruido de u chorro de agua, despierta en mi, en estos momentos, el de todo el ambiente; ambiente amigo, lleno de paz, en el cual se han sucedido gratos días de trabajo. No es el murmullo de una fuente surgiendo de la roca, en ameno paraje campestre, sino el del caer continuo del agua del mar que renovaba la de un pequeño acuario instalado en mi cuarto de la estación zoológica de Nápoles. El me saludaba cada mañana al entrar, me acompañaba en mis horas de estudio, velaba mi corta siesta y me despedía cariñoso, quedando como guardián de todo lo que, dejaba interrumpido para ser continuado al día siguiente.

El Doctor Guido Bacci, joven cuyo carácter simpático y afable, se esconde bajo una faz algo adusta, decorada con una barba del mas puro estilo italiano, preparador del centro de investigación, me recibe con toda amabilidad. Le presento mis credenciales, ya estaba enterado de mi próxima llegada y, en ausencia del Director, es el quien hace al nuevo huésped todos los honores. Me senala el lugar que va ha ser mi plaza, la subvenciona el Sr. Faust, entusiasta de las ciencias naturales y que desde la costa de Blanes, siente inquietud de las cosas del mar y de sus problemas científicos.

Mi cuarto esta orientado hacia levante, frente al mar. La habitación es espaciosa y da a una galería bella y alegre, que mira al parque de encinas. Mis dos vecinos con los cuales he compartido amenos ratos de descanso: el profesor Fox, catedrático de zoología de la Universidad de Londres y que labora en pigmentos respiratorios de gusanos, a la izquierda, y, a la derecha, el doctor Minganti, de la sección de embriología. Cada mañana, un mozo me pregunta que material vivo necesito para el día siguiente y, sin fallar nunca, al llegar, a las nueve, esta sobre la mesa el bocal con la muestra de plancton en las condiciones deseadas. Ello permite el estudio cómodo y provechoso. El instrumental y reactivos son también proporcionados abundantemente y con prontitud. Solo al alcohol se pone algo de trabas, y se ruega no se abuse; yo conservo mis muestras en formol y, como es natural, este no falta.

[6] Miquel Oliver Massuti, sobrino de Miquel Massuti Alzadora, le sustituyo como director del Laboratorio Oceanográfico en 1950 a causa de su muerte.



El doctor Massuti en 1947 era director del Laboratorio Oceanográfico de Palma de Mallorca, ubicado en s'Aigo dolça. En la foto vemos el edificio del Laboratorio y a Miguel Oliver Massuti que sucedió a su tío Miguel Massuti como director en la puerta recibiendo a una visita. A la derecha una vista lateral del Laboratorio con los hoteles Victoria y Mediterráneo al fondo.

La biblioteca es lo mejor de la estación. Esta a cargo del Profesor Caroli, un hombre ya de edad avanzada, cultísimo, de gran simpatía, que solo se pone serio y de mal humor, cuando alguien, principalmente la gente joven, no cumple con toda meticulosidad las leyes que rigen el buen orden de la parte del centro a el encomendada. Recuerdo las palabras de despedida a una muchacha inglesa, el día antes de su partida: " Ha dejado Vd. todos los libros en su sitio?". A la contestación afirmativa, añadió: "Si no lo ha hecho mi maldición le acompañará".

Somos una treintena de habitantes en este santuario de la Ciencia. Y aspecto verdaderamente monástico tiene. Cada cual en su celda y obedeciendo a dos artículos únicos: la hora del " Pranzo", es a la una; la de la " Cena" a las ocho de la tarde. A estas horas se reúne la laica comunidad. No hay puestos señalados y cada cual se sienta donde le da la gana. Si se llega con mas de cinco minutos de retraso, se depositan dos liras en una hucha. Se decía que al romper su contenido serviría para comprar un " dolce"; pero esta se rompió, se hizo, además, una colecta extraordinaria y asi y todo no basto para la golosina. Nadie supo mas del paradero de estos ahorros. Acaso tuvieran mejor aplicación que aquella que movió el hacerlos. Mitress Fox que llega siempre con media hora de retraso de la playa, va directamente a depositar la multa y luego se sienta en el sitio que encuentra vacío y empieza a bobinar su " Pasta asciuta", cuando los demás ya terminamos. Luego cada cual se retira nuevamente a su celda. Otra hora grata es la del " te de las cinco", el " ácido tánico" como le llama el joven doctor Baffoni, siempre alegre y oportuno. Con el he pasado buenos ratos de tertulia y he ligado valiosa amistad. Durante media hora, además de los problemas científicos que a cada uno preocupan, se habla de los mas diversos temas culturales y principalmente de literatura, y es el Profesor Caroli el que anima especialmente la reunión. Se interesan por nuestras letras y yo, gozosamente, voy exponiendo lo poco que

se de nuestros poetas y novelistas, antiguos y modernos, muchos de ellos conocidos por los compañeros de esta simpática Babel.

Como ejemplo del ambiente de cordialidad que reina en esta casa, a pesar de la diversidad de sus moradores de origen, pensar y sentir, voy a relatar dos anécdotas:

Un día el Profesor Fox coloca sobre la larga mesa de la galería sur, que sirve de comedor de verano, dos pequeños pocillos con "clorocloina" y nos hace ver el dicroísmo. Y refiriéndose a los recipientes, que son un verdadero primor, le pregunta un italiano: "tedeschi?" (¿Alemanes?), a lo cual el profesor ingles contesta, fingiendo enfado, pero muy cordialmente: Como, alemanes? Son ingleses. Vds. Creen que solo los alemanes hacen cosas; también los demás sabemos hacer algo. Y todos nos echamos a reír.

Una noche, por cierto de una tempestad de "primissimo cartello", llegue un poco tarde a la cena. Desde el comedor se disfrutaba el bellísimo espectáculo de los relámpagos que iluminan el golfo y la ciudad. Noto que hay una novedad: se sirve vino. Al preguntar yo (solo por curiosidad, pues soy totalmente abstemio) la causa de tal hecho inaudito, se me dice que es la fiesta de la "Signora Fox". En un pliego de papel, ponemos unas palabras de felicitación y la firma, cada uno en su idioma. El pliego resulta escrito en italiano, napolitano, francés, ingles, alemán, húngaro, griego, turco y español.

Que bello seria el mundo si se desarrollara en tal ambiente de cordialidad! En la estación zoológica reinaba el afecto y la educación; sentimientos bellos. Entre la diversidad de ideas, nacionalidades y razas, había algo que ligaba: el amor a la ciencia y el respeto mutuo. Si en el mundo pudiera conseguirse dejar los egoísmos, los odios y demás sentimientos innobles, tendríamos un vivir tan grato como el que he gozado, durante dos meses, en esta bellísima ciudad mediterránea, tan unida a nuestra historia.

Todo esto acude a mi mente, al eco de aquel chorro de agua que acompañaba mis horas en la Estación Zoológica de Nápoles.[7]

XIII
En el "Direttisimo Venezia Firenze"
A Mateo Oliver Capo

En el pasillo del "direttisimo Venezia-Firenze" y al poco rato de camino, ya había entablado conversación con los compañeros de viaje. Uno de ellos con una encantadora amabilidad, me cedió la butaca; so pretexto de que él llevaba sentado todo el día y quería desentumecerse las piernas. No me hice

[7] La Estación Zoológica de Nápoles fue creada en 1872 por Anton Dhorn bajo la tutela del Ministerio de Educación. Actualmente su presidente es Gaetano Salvatore y su director Lucio Cariello. En ella trabajan 40 investigadores además de unos 80 investigadores extranjeros que la visitan anualmente, mantiene una biblioteca con 80000 obras y su acuario sigue abierto al publico. En sus laboratorios que cuentan con 150 acuarios experimentales se investiga sobre los compuestos activos de bio-organismos marinos, comunidades bentonicas marinas, fertilización de ascidias, investigaciones relacionadas con el AND sobre los embriones de erizos y pulpos.

rogar más que lo imprescindible para no aparecer incorrecto, pues me estaba cayendo de sueño. El incidente principal de este viaje , objeto primordial de estas líneas, tuvo lugar después. Algo repuesto de mi cansancio, con unas horas de reposo en la butaca cedida, sostuve una grata tertulia con un joven estudiante de medicina que, terminadas sus vacaciones, en los Alpes, volvía a Roma. Charlamos de sus estudios, del objeto de mi viaje a Italia, y de muchas cosas más; le dije que también iba a Roma, pero que no llegaría allí hasta dos días después y que paraba allí en San Andrea della Valle. A las dos de la madrugada, tomaba mi cartera de mano, me despedía de mis amigos de unas horas y bajaba al andén. Mientras buscaba hotel donde pasar el resto de la noche, percatéme de otro descuido: el tren había quedado el Baedeker, las fotografías, guías y demás recuerdos de Padua y Venecia. Lo sentí vivamente. Pero me consolé pensando que peor hubiera sido perder también mi maletín. No puedo decir que he visitado Florencia, sino que me he asomado a Florencia.

A las once de la noche emprendía regreso a Roma. Llegué al amanecer del día siguiente. Al entrar en San Andrea, residencia de los Teatinos, donde había dejado mi equipaje y estaban mis amigos y acompañantes de correrías por la Ciudad Eterna, se me dibujó en la penumbra de un corredor la figura del Padre Moner, el viejecito que tantos años regentó el Convento de Felanitx y cuyo nombre evoca todos los recuerdos de mi infancia. En tono de cariñosa reconvención, me dijo como saludo: “¿Donde tienes la cabeza? Ya te he dicho que en Italia no se puede ir despistado. Cualquier día tendrás un percance serio”. Me entregó un paquete con una carta que decía: “Habiendo tenido manera, conversando con usted en el expreso Venecia-Florencia, en la noche del 12 de octubre, de conocer su alojamiento romano, le envío las publicaciones que dejó olvidadas en el departamento. En la confianza de haberle hecho una cosa grata, quiera aceptar mis mas deferentes obsequios”.

De entre todas las muestras de afecto que recibí durante mi estancia en Italia, sin duda la mas simpática fue esta atención que me dispenso un joven culto, estudiante de medicina y Presidente de un Centro de Acción Católica de Roma. Valió la pena mi descuido, para tener ocasión de apreciar la elegancia espiritual de este amigo al cual acaso no vuelva a ver más, pero cuyo nombre recordaré siempre. Se llama: Renato Buzzonetti.

XIV
Desde el Pincio

A Dolores

El “collis hortorum”, colina de los jardines, emplazado en el lugar donde, a fines del Imperio, tenía su palacio la familia Pinci, es uno de los rincones mas bellos de Roma. Aqui he venido para dar mi adiós de despedida a la Ciudad Eterna.

La tarde va decayendo y el sol, como un ascua brillante, está próximo a su ocaso. Veo el Monte Mario, con sus cipreses austeros, y los pinos del Janicolo, de copas anchas y aplanadas. Allá lejos, el Vaticano y sus palacios, la torre de Santangelo, la cúpula del Panteón y Santa Maria Arcoeli; el Capitolio, la

columna de Marco Aurelio; el Palatino con las derruidas moradas de Augusto, Tiberio y Septimo Severo. La cinta serpenteante del Tiber, que se desliza mansa y suavemente. Mas allá, la campiña llena de paz y serenidad, con su Vía Apia, por la que he divagado, en inolvidables tardes, hasta la tumba de Cecilia Metela.

Y lo que no descubren los ojos, lo situa la imaginación. Reliquias milenarias que hablan del tiempo y de las cosas que fueron: las termas de Trajano y Caracalla; el Capitolio, el Foro, el Coliseo; los arcos de Aurelio, Tiberio, Constantino y Tito; el templo de Castor, el atrio de Vesta… Toda la civilización pagana, como un bosque caduco, invadido por la vegetación cristiana, joven y exhuberante al cabo de veinte siglos de haber germinado en la sementera de las catacumbas, las Basílicas, brillado de riqueza y explendor: San Juan de Letrán, madre y cabeza de todas las iglesias del mundo en la que he revivido la magnificencia del culto de los primeros siglos; Santa Maria la Mayor y Santa Cruz de Jerusalén, tan llenos de recuerdos jerosolimitanos; San Pablo extramuros y Tre Fontane, que hablan de la reciedumbre y del imponderable del Apóstol de las gentes. Los palacios renacentistas, museos, pinacotecas, templos y monasterios; el tesoro artístico del Vaticano, acumulado a fuerza de años y trabajos, y, sobre todo, la Capilla Sixtina, de impresionante severidad. Todo esto que he visitado con avidez y emoción, surge ante mi en los postreros momentos de la estancia en Italia.

No lejos de este mirador, se halla la monumental “Fontana di Trevi” por la que, en espumosas cascadas, se desborda el agua “vergine”; según la leyenda, esta fué mostrada por una joven a los soldados romanos que, sedientos, la buscaban, y ya en tiempo de Agripa, era conducida a la capital del Imperio, mediante acueductos. Dice, también, la tradición que aquel que bebiere de esta agua no podrá olvidar Roma y quedará, por siempre, ligado espiritualmente a ella. “Aquel que bebiere de esta agua, dijo Jesucristo a la Samaritana, junto al pozo de Jacob, en las llanuras de Siquem, volverá a tener sed: pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed, antes el agua vendra a ser dentro de él un manantial de agua viva que saltará hasta la vida eterna”. Y esta agua brota aún, inagotable, de la fuente de la Iglesia y de la boca del Vicario de Cristo que tiene, como el Maestro, palabras de Vida Eterna.

Con cuanta ilusión anhelaba acercarme a la figura veneranda del Obispo de Roma, la criatura en quien descansa, por promesa divina, el edificio de la catolicidad.

Me hallé cerca de la tierra prometida y no fuí digno de entrar en ella. A petición de los Padres Teatinos, el Papa habíame concedido una audiencia particular, y al ir, esta mañana, a recoger la notificación oficial de tan grata concesión y partir para Castel Gandolfo, el Maestro di Cámera me manifesto que S.S. había aplazado hasta mañana todas las audiencias. “Mañana, me dijo, podreis ver al Papa”.

Mañana, a las ocho, salgo en avión hacía Madrid y no puedo demorar más la estancia en Italia. El Maestro di Camera, tuvo palabras de consuelo para mí, al

comprender la magnitud de mi desilusión, y me entregó, en nombre del Santo Padre, un rosario con las bendiciones para mi familia.

Pero el agua viva que sacia el corazón, ha penetrado en mí desde el lugar santo de la Basílica de San Pedro. Hace unos momentos, bajo aquella cúpula inmensa, dejaba invadir mi alma de luz y de verdad. Los turistas irreverentes, con sus guías y su indiferencia, desaparecieron de mi vista. Solo ante la historia, ante el credo infalible, junto al sepulcro del Apóstol, piedra fundamental de la Iglesia de Cristo, caí de hinojos, besé las losas y, con ellas, el corazón del mundo cristiano.

La ciudad va desapareciendo en la penumbra.

El sol se esconde cabe la cupula de San Pedro, llenandola de resplandores y majestad. Es lo eterno sobreponiéndose a lo caduco. La barca del viejo pescador de Galilea, navegando a través de las borrascas y triunfando de toda adversidad, hacía las playas de la Jerusalén Celeste.

Es la auténtica, la invencible, la ETERNA ROMA.

Roma, 15 de octubre de 1947

M. Massutí Alzamora